PRESENCIA

VARGAS Y LAS MASAS

La apoteótica reelección de Vargas en Brasil vuelve a reactualizar el problema de la decantada democracia moderna, fundada en el sufragio universal. Decimos de la democracia "moderna", cuya realidad está ligada hoy con la movilización de grandes masas bajo la propaganda de grandes mitos. Un poder incontrolado y avasallador, anónimo e irresponsable se apodera de las riendas del Estado y erige en ley la voluntad de los personeros de las masas. Democracia, estatismo, plebeyismo y colectivismo se hermanan en los novísimos gobiernos de las masas resentidas.

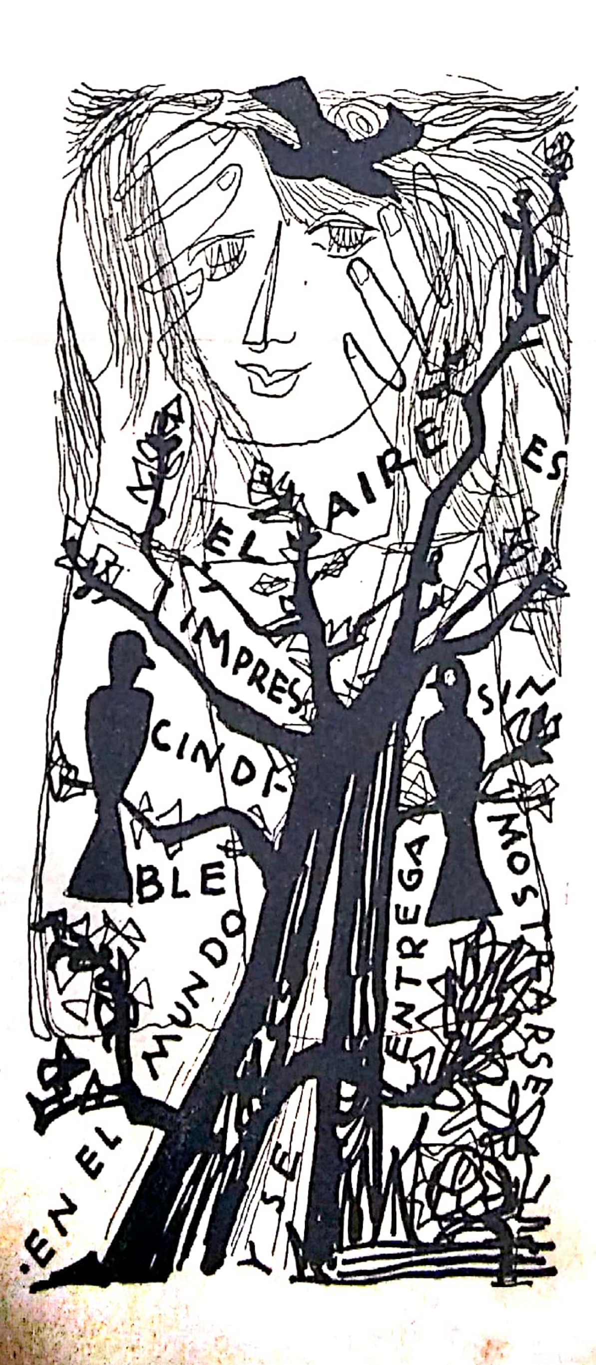
El número tiene conexiones internas con la materia cuantitativa, la cual, a su vez, es un irracional principio de lo irracional que hay en el hombre. La materia no es principio de ordenamiento sino lo informe que debe ser sometido al orden. Las masas deben ser ordenadas por el principio de la razón, vale decir por la ley, que establece concierto y armonía en lo que de otra suerte no es sino confusión y caos. La ley, cuando llena las condiciones de verdadera ley, es un acto de la inteligencia religada y sometida a la Primera Inteligencia.

Frente a las grandes amenazas que se ciernen hoy sobre los pueblos, el advenimiento de Vargas, que se entroniza por el plebiscito de las masas, ofrecerá fácil flanco a una y otra amenaza, bajo la engañosa apariencia de constituir contra ellas una eficaz defensa.

Los pueblos han de ser defendidos hoy con el robustecimiento de sus categorías sociales, auténticamente *humanas*: de la familia, de la propiedad, de la empresa pequeña y mediana, de la vida comunitaria profesional y, en general, con los valores y tradiciones que se conservan de preferencia arraigados en la clase media.

La liquidación que, con el avance de la masificación, se viene efectuando de los pocos restos que aún quedan de estos valores, no presagia días apacibles ni para nuestros pueblos americanos ni para el mundo.

PRESENCIA



EL CONTROL DE PRECIOS

El Poder Ejecutivo está desarrollando una vasta y enérgica campaña para detener el alza de los precios, al menos en los artículos de primera necesidad. El mismo Señor Presidente, en un animado discurso dirigido a representantes de los consumidores, ha abierto esta nueva ofensiva contra el agio y la especulación. El problema de la carrera de salarios y de precios que el país contempla desde hace casi un lustro vuelve a cobrar particular interés. Esto demuestra que el movimiento inflacionista adquiere en estos momentos inusitada fuerza. La cuestión de cómo se detendrá la inflación y qué eficacia pueden tener las medidas que se adoptan para combatirla vuelve a reactualizarse.

Para una mentalidad primitiva el problema de los precios se arregla fácilmente con pocos y simples procedimientos expeditivos. Sin embargo, quien tenga noción de la complejidad de los fenómenos económicos, advierte prontamente que en este problema se esconden las más graves y difíciles cuestiones de la economía. Porque los precios no son, en última instancia, sino la resultante necesaria de los complicados procesos en que se desenvuelve el ciclo económico. Empeñarse en frenar los precios compeliéndolos con una acción de represión policial sería tan infantil como rebajar por la fuerza la columna mercurial para que registre una más baja temperatura.

Pero hay algo mucho más grave. Porque no es sólo que la acción represiva de precios sea enteramente inútil; sino que ella, si se empeñara en conseguir realmente ese propósito, exigiría la adopción de medidas cada vez más radicales y totales que terminarían por encerrar toda la actividad económica en un esquema de absoluto colectivismo. Por aquí podría acaecer que, no obstante los propósitos y las declaraciones decididamente anticomunistas del gobierno, se establezcan una serie de hechos y de medidas que exijan, en su interna y necesaria naturaleza, la implantación del colectivismo. De nada valdría en ese caso repudiar el colectivis-



mo si luego se colocan las causas que lo contienen.

El asunto es sumamente grave y merece particular atención. Vamos a advertir que le trataremos con la mayor objetividad, dejando a salvo las excelentes intenciones que abriga el Poder Ejecutivo en su política económica.

Si se aumentan los salarios, no hay modo de contener los precios si no aumenta la cantidad de bienes.

No vamos a entrar en consideraciones difíciles. Está a la vista la situación de la realidad económica argentina en los últimos años. El Presidente Perón, en un noble propósito de levantar el nivel de vida de la masa asalariada del país, inició una política de salarios altos y de beneficios en favor de la masa de obreros y de empleados. Es evidente que este propósito es laudable y que merece el apoyo de todos cuantos tengan sentimientos humanos. Pero la cuestión no está aquí. La cuestión estriba en los medios que se han empleado y que se emplean para lograr ese noble propósito. Porque si para levantar el nivel de vida de los trabajadores no se emplea otro medio que altos salarios y sueldos, es fácil de prever que, por una acción mecánica, automática e incontenible, se ha de producir un aumento correlativo de los precios. Porque como en la formación de los precios influyen los costos de producción y en estos entran como un elemento los salarios, a un aumento de salarios se sigue necesariamente un aumento de precios. Además, al aumentar los salarios y sueldos, aumenta también la demanda de mercancías, lo que determina una elevación de precios.

El problema es sumamente claro para insistir en él. La única manera efectiva de aumentar el nivel de vida en una población dada, consiste en aumentar la cantidad de bienes cuidando de que el aumento se redistribuya de manera pareja y proporcional en todas las capas sociales. Para ello, es necesario que todos los que toman parte en la produción de bienes, dentro de una unidad económica determinada —aportadores de capital, de iniciativa y de mano de obra—, se sientan solidarios en esta obra común, de suerte que el aumento de producción beneficie proporcionalmente a todos cuantos en él han cooperado. Pero no se ha de producir un mayor nivel de vida si no se produce un aumento de bienes o si este sólo beneficia al pequeño sector de capitalistas y empresarios. Esto segundo acaece en el capitalismo. Porque en él, la mayor productividad que se obtiene con el empleo de un aparato productor técnicamente más eficiente, no beneficia de manera directa sino únicamente a los empresarios y capitalistas.

Es por esto harto claro que no basta que haya aumento de producción para que mejore el nivel de vida de la población asalariada. Pero es también demasiado claro que sin este aumento, se hace totalmente imposible un mejoramiento verdaderamente estable, que sólo podría obtenerse por algún breve tiempo y ello a costa de la clase media. Esto es precisamente lo que acaece en el justicialismo. En él concurren una serie de circunstancias para que no sólo no se produzca aumento sino para que, en relación con la mayor población, se produzca una sensible disminución de bienes en cantidad y calidad. Disminución por la excesiva hinchazón de la burocracia estatal que no sólo no produce sino que traba la producción; disminución por el desajuste de la producción agropecuaria en beneficio de la industrialización lo que determina un menor saldo exportable que nos provea de divisas con las cuales reponer el gastado y antieconómico aparato productor; disminución porque las mejoras sociales acordadas intempestivamente a una población no preparada para recibirlas, fomentan el ausentismo y la falta de contracción al trabajo.

Ahora bien, ¿qué ha de suceder si disminuyen los bienes y, al mismo tiempo, se persiste en una política de aumento de salarios? Pues, que los precios han de subir en una carrera incontenible. Es absolutamente imposible aumentar salarios y sueldos, incrementar impuestos directos o indirectos, someter la moneda a tratamientos inflatorios y empeñarse luego en constreñir los precios. Porque aunque puede ser cierto que en algún caso determinado los precios pueden haber sido fijados de manera enteramente artificial y arbitraria por comerciantes inescrupulosos, como regla general, en un sistema económico dado, ellos son la resultante social de lo que las cosas valen. Los precios no hacen sino registrar las preferencias de la población que con una cantidad determinada de dinero apetece una determinada cantidad de bienes para satisfacerlas. Si la población queda una misma, si sus preferencias quedan también las mismas y la misma la cantidad de bienes, los precios no harán sino aumentar en el caso de que aumente la cantidad de dinero, proveniente del alza *nominal* de sueldos y salarios. Esperar que suceda otra cosa sería dotar al dinero de la condición de riqueza *natural*, con poder directo para alimentarnos y abrigarnos. Esperar que el poder policial pueda modificar las cosas sería tanto como confiar en que los productores se empeñen en producir y los comerciantes en vender a pura pérdida o, al menos, sin ganancia ninguna.

En su discurso del 29 de setiembre, el señor Presidente advirtió cómo siete años de represión de precios han demostrado que "no hay ley, no hay decreto, no hay resolución que al poco tiempo de haberse establecido no haya sido violada por la habilidad de los especuladores..." ni siquiera el ajusticiamiento es capaz de reprimir el alza de los precios. Ello ya se vió en tiempos de Diocleciano, luego en la Revolución Francesa y en algunos países de Europa, durante la última guerra. Pero esto demuestra que aquí no hay simplemente un problema de avidez; hay algo más que es inherente a la naturaleza misma del proceso económico, en el cual nadie quiere trabajar sin ganancia o perdiendo. La única manera de evitar la especulación consiste en aumentar aquellos bienes con los cuales se especula. La variación de los precios en función de la oferta y de la demanda, no "es un cuento chino", como dice el señor Presidente. Es una necesidad que surge de la realidad de las cosas. Porque no puede ser uno mismo el valor del aire que se da a todos sin ningún esfuerzo, que el del pan que se produce con el esfuerzo del agricultor, del molinero y del panadero. El aire no cuesta nada, porque abunda. El pan cuesta algo porque no abunda sino en la medida en que se le produce. "No hay tal ley porque ha sido rota por los bandidos hace ya muchos años", dice el Presidente. Pensamos que el señor Presidente, —que aplica a los capitalistas el término de "bandidos" con que gustaba calificarlos Lenín— habrá querido significar otra cosa de lo que aquí surge de sus palabras. Porque nadie puede romper la ley de la oferta y la demanda en la valuación de las cosas. Nadie puede hacer que un artículo que abunda deje de valer poco y uno que escasea, mucho. No podrá hacerlo manteniendo intacta la relación entre la demanda y la oferta de ese bien. Para que una cosa que escasea valga poco, p. ej. para que el transporte de la Corporación sea barato para el público, el Poder Ejecutivo deberá subsidiarla, con lo que modificará la demanda en términos de dinero *para el público*. Pero luego cobrará en impuestos lo que regala en transporte. El capitalismo produce también alteraciones en los precios, no ya rompiendo la ley de la oferta y la demanda, porque ello es imposible, sino restringiendo artificialmente la abundancia de bienes con cargamentos de café o de trigo que se echan al mar o con fenómenos de monopolio que traban la producción. En estos casos los precios se mantienen altos artificialmente, por la obstaculización de una mayor producción de bienes que los haría bajar. Pero en igualdad de condiciones de una misma demanda los precios no pueden dejar de bajar o de subir de acuerdo a la mayor o menor abundancia de bienes.

¿Cuál es entonces el camino para que bajen los precios? ¿Acaso enfrentándose contra la ley de la oferta y de la demanda y empeñándose en que no aumenten los precios, a pesar de que se ponen todas las causas que provocan su aumento, al determinar la disminución de bienes? Por aquí precisamente hay que buscar la grave falla del capitalismo y también la del justicialismo.

Del capitalismo, porque a éste no le interesa directamente la abundancia de bienes que satisfagan las justas necesidades del pueblo sino solamente *las ganancias*. El Papa Pío XII, en el discurso del 15 de noviembre de 1946 a los agricultores italianos lo advertía: "Sucede con frecuencia que no son las necesidades humanas, las que regulan de acuerdo a su importancia natural y objetiva la vida económica y el empleo del capital, sino por el contrario el capital y sus propósitos de ganancia los que determinan qué necesidades hay que satisfacer y en qué medida deben serlo. No es el trabajo humano destinado al bien común el que atrae a sí el capital y lo pone a su servicio, sino, por el contrario, el capital quien pone en movimiento al trabajo aquí o allá y desplaza al hombre como si fuera una pelota".

Del justicialismo, porque queriendo éste remediar la injusticia capitalista que busca la ganancia a expensas del subconsumo de las masas asalariadas, desarrolla un mayor consumo de éstas sin estimular al mismo tiempo una mayor producción; por el contrario, ejerce una política de castigo contra las fuerzas productoras lo que provoca una disminución de la producción, y consiguientemente, un alza de los precios.

En definitiva, que no hay otro medio eficaz para bajar los precios que aumentar la cantidad de bienes.

Si el justicialismo persiste en la represión de los precios terminará inexorablemente en el colectivismo.

Es claro que al aumento de los salarios y sueldos en favor de los asalariados y al aumento de las recaudaciones fiscales en favor del Estado, corresponde, por parte del grupo de empresarios, comprendiendo en estos a industriales, capitalistas y comerciantes, un aumento de precios; aumento que, en realidad, deja sin efecto y torna completamente ilusorios y nominales aquellos aumentos de jornales. ¿Qué se hace frente a esta situación? ¿Qué se hace si un gobierno se empeña en que aquellos aumentos no sean ilusorios? No le queda otro camino que acudir a la represión y al control de los precios. Control que primeramente ha de ejecutarse por la policía y que luego, en vista del previsible fracaso, se ha de entregar a las organizaciones de los mismos obreros o consumidores. Porque como decía el señor Presidente si "...el go-



bierno tiene que cuidarle el bolsillo a cada uno de los argentinos, sería necesario nombrar 17 millones de inspectores... entonces hay una sola manera de hacerlo efectivo y real: que cada argentino sea un exigente, cuanto más exigente mejor, inspector de los precios de los abastecimientos y de la represión del agio...".

El control del consumidor no dará tampoco resultado. Primero porque el consumidor, en cuanto consumidor, no tiene existencia real como para constituirse en fiscal de precios; y segundo, porque la represión de precios sólo se verifica cuando escasean las mercancías, y cuando éstas escasean, el consumidor se siente bien retribuído si el comerciante le proporciona la mercancía, aunque sea a precios subidos. La única manera efectiva de realizar este control será ponerlo en manos de las organizaciones sindicales de obreros y empleados. En este sentido ha dado ya el primer paso el gobernador Mercante. (*Democracia*, 21.9.50). Pero *el control obrero* de los precios es el primer paso de una serie de medidas que lógicamente no pueden sino terminar en el colectivismo integral. Así lo ha visto lúcidamente Lenín.

A los meses de gobierno de Kerensky, allá en setiembre de 1917, un mes antes de que triunfara el bolchevismo, escribió Lenín el folleto que lleva el título "La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla". "Una catástrofe inevitable, escribe allí, se cierne sobre Rusia. Los transportes ferroviarios se hallan en un estado de extrema desorganización que crece sin cesar. Los ferrocarriles acabarán por paralizarse. La afluencia de materias primas y carbón a las fábricas se interrumpirá. Cesará el suministro de trigo. Los capitalistas sabotean (estropean, paran, socavan, frenan) deliberada y tenazmente la producción, confiando en que la catástrofe inaudita determinará la bancarrota de la República y de la democracia...".

¿Qué propone entonces Lenín? "control, vigilancia, contabilidad; he aquí el paso inicial en la lucha contra la catástrofe y contra el hambre. Se trata de algo indiscutible, que todo el mundo reconoce y que *no se hace* precisamente por miedo a atentar contra la omnipotencia de los terratenientes y capitalistas, contra sus ganancias desmedidas, inauditas, escandalosas; ganancias obtenidas gracias a la carestía de la vida..." (*Obras Escogidas*, tom. 3, pág. 111) "Veremos, escribe allí, que a un gobierno, que no se llame democrático revolucionario sólo por burla, le bastaría con decretar, ya en la primera semana, la implantación de las principales medidas de control, imponer a los capitalistas que pretendiesen burlar fraudulentamente esas medidas unos serios castigos, no irrisorios, incitando a la población a que vigilase por sí misma a los capitalistas, a que observase si cumplían o no honradamente las medidas de control, para que el control quedase implantado en Rusia desde hace tiempo".

Lenín vió lúcidamente dos cosas: una, que el control de los obreros sobre los capitalistas no podía ser verdaderamente efectivo sin la dictadura del proletariado y así escribe: "...los obreros y campesinos, agrupados en sus organizaciones, podrían, con extraordinaria facilidad, dar al control una existencia real y universal, llevar a la práctica un control que rigiese concretamente sobre los ricos"... "mas para ello haría falta instaurar una dictadura revolucionaria de la democracia, dirigida por el proletariado revolucionario, es decir para ello la democracia debe ser revolucionaria *de hecho*". (*ibid.* 145). Lenín vió asimismo que para la implantación del socialismo lo importante y decisivo no era la confiscación de los bienes de los capitalistas sino *el control obrero*, general, ejercido sobre los capitalistas y sobre sus partidarios eventuales. La sola confiscación no haría nada... sólo el control obrero puede eliminar la posibilidad de substraerse al registramiento, de ocultar la verdad, de burlar la ley".

Creemos que hay relaciones inexorables entre represión de precios, control obrero, dictadura del proletariado y socialismo. Porque si se pretende aumentar el nivel de vida de la masa asalariada sin un aumento de la productividad no queda otro recurso que reprimir los precios, para que ellos no suban al subir los salarios. Pero no hay modo efectivo de reprimir precios sino entregando esa tarea a las organizaciones obreras. Pero reprimir los precios de los artículos de primera necesidad implica una represión y control de todos los precios y de toda la vida económica, por la interdependencia manifiesta de todos los fenómenos económicos. Pero ello, a su vez, implica un poder omnímodo y dictatorial sobre toda la economía y, en realidad, sobre toda la vida concreta de los individuos y asociaciones, ya que todo, aun lo cultural, político y religioso, tiene su manifestación en lo económico. Lo que, en definitiva, implica la implantación del socialismo o colectivismo absoluto.

Estamos de acuerdo en que se tomen medidas para contrarrestar las injusticias del capitalismo. En un próximo artículo indicaremos cuáles deben ser éstas, de acuerdo a la doctrina de la Iglesia. Pero es menester adoptar grandes precauciones, para que estas medidas no sean de tal índole que abran las puertas a un mal mucho peor, cual es el del comunismo. Y no podemos dejar de manifestar aquí nuestros temores de que esta campaña contra el agio sea conducida de tal suerte que nos introduzca cada vez más en el peligroso camino del colectivismo.

PRESENCIA

SOBRE EL OMSILANOICAN

Parece que la "primera" parte de este artículo le ha caído mal a mi "primo" Delpiano, que no tiene nada que ver con Primo de Rivera ni los Otros Primogénitos Romanos. Es que como son guitarreros y estamos en Prima Vera se han peleado de veras con la prima para "hacer sonar" la bordona. La Verdadera Lástima de la cuestión es que la tercera cuerda está loca por dar el "sí" a Jacoibita Chupánimas y la cuarta cuerda entona de falsete y la quinta... ¡Qué lío! Si seguimos a este paso le voy a pedir a la Asociación de Fútbol una Tabla de Posiciones para saber como pinta el campeonato. Francamente ya no se sabe cuál es la Tabla de Salvación, si el Valor de la Tabla de Posiciones, o la Unica Posición de la Tabla de Valores...

Delpiano me dice que lo que yo expuse no era la doctrina del Nacionalismo sino la doctrina Católica del Reino de Cristo. Y aquí va la respuesta: "Ambas deben ser, por necesidad teológica, dos aspectos de una misma Cosa Real. Porque como dice el Señor: "quien no recoge conmigo, desparrama". En el mundo, en último análisis (en la realidad más profunda), existen solamente dos posiciones: en el Absoluto o fuera de lo Absoluto: "o conmigo o contra mí". Si la posición anticristiana es por método armado (comunismo), por método armado se la ha de atacar; si por herejía, con armas del espíritu (Liberalismo y comunismo).

Esto lo enseña clarito mi maestro un tal Don Tomás del Antiguo Aquino: "A la verdad de la fe pertenece no sólo la credulidad del corazón sino también la exterior protestación la cual tiene lugar no solo por palabras sino también por hechos, por los que se manifiesta t e n e r l a" (IIa. IIac. cuestión 124, artículo 5°).

Y antes había dicho (c. 123, a 5°) lo del filósofo "la fortaleza se refiere principalmente a la muerte que se halla en la guerra; en cuanto ella defiende el bien común por medio de una guerra justa". No quiero decir con esto que Estados Unidos quiera hacer una guerra justa sino que nosotros debemos hacerla, aunque necesitemos para ello del instrumento, del garrote ajeno o prestado o encontrado de paso. El precepto duro impuesto al soldado de Cristo es que "el que ama a su padre y madre (Raíz de Patria) más que a mí, no es digno de mí". Y a las Patrias también ha sido dicho: "El que ama su vida la perderá". Si el Nacionalismo no tiende a la edificación del Reino de Cristo, o se queda "cruzado" de brazos frente a su destrucción, se suicida a sabiendas en su esencia misma: el que no está con él, está *contra* él. Callar en esta hora tremenda, es consentir. Debemos luchar aún sabiendo que vamos a perder la Patria. O como dice el Padre Castellani, uno de los más profundos y auténticos nacionalistas que he conocido: "Tenemos que defender los bienes de la cultura, de la nacionalidad y de la tradición cristiana... sabiendo que Dios nos pide que luchemos pero no nos pide que venzamos sino que no seamos vencidos. El que tiene mujer como si no tuviera mujer, el que tiene bienes como si no tuviera bienes, *el que tiene Patria como si no tuviera Patria* (Epílogo a "la Revolución que anunciamos" de Sánchez Sorondo, N° 10). Atenti, pues, soldados del Pellejo.

OMSILANOICAN es el nombre de quienes se han vestido al revés empezando por el sobretodo y terminando por la camiseta para distinguirse de los seres inferiores que comemos y descomemos dos veces al día con el fin de no hacer fracasar la Medicina. Pero acaece que cuando un nombre se invierte, los significados se alteran y sobreviene un Confusionismo que no tiene nombre.

Hace un año yo había hecho una definición de lo que era el Nacionalismo. Aunque imperfecta la transcribiré "Nacionalismo debe ser el movimiento ordenador de la inteligencia regida por los Primeros Principios de Fe y Razón, en cuanto se aplica a estos fines: 1°) Actualizar el ordenamiento intrínseco de la persona humana concreta mediante la rehabilitación de la inteligencia vuelta a lo que se es, se ha sido (o debió ser) y se debe ser, en los planos respectivos de lo metafísico-teológico, de lo histórico-cultural y de lo moral-religioso.

2°) Restauración y fortalecimiento del núcleo hogareño como célula vital de la comunidad organizada (nación).

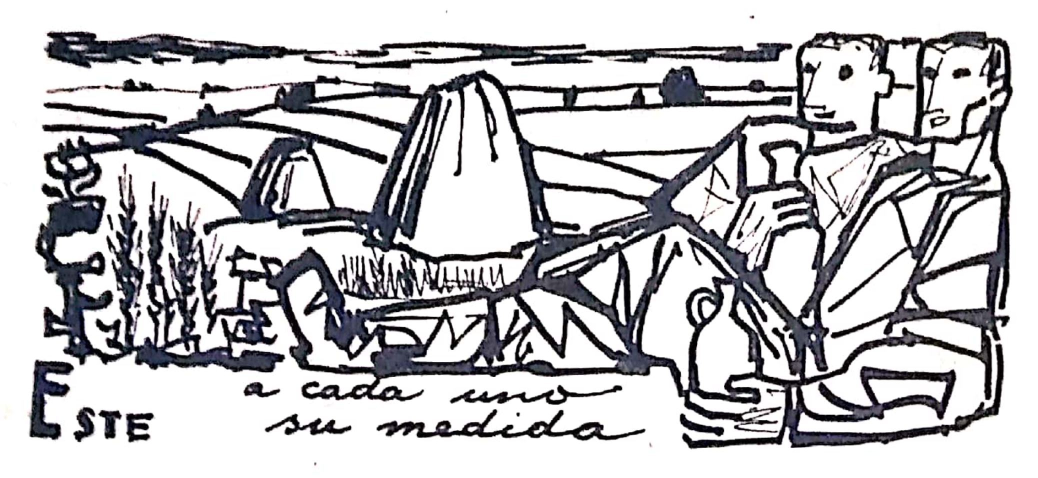
3°) Restauración de la Autoridad Suprema Ejecutiva como principio extrínseco de unificación; sustitución de las Cámaras Discutidoras por una Orden de contemplativo-prácticos y una Suborden Gremial. Un Ente de Conservación del Orden y otro Ente de Gestas Inauditas; y algún etcétera más.

Fin último: Crear la "nación", es decir la comunidad organizada vivificada por las Realidades Absolutas, dentro de una línea histórico-cultural dada como realización del Supremo Principio de Identidad".

Que es lo que "decía" mi amigo Quepasó cuando proponía el lema: Dios, Patria y Hogar.

Si *ésto* no es el Nacionalismo, desde ya dejo de considerarme nacionalista. Pero aténganse a las consecuencias: dejan de ser nacionalistas José Antonio, Ramiro de Maeztu, etc., etc. Y antes que nadie mi amigo don Juan Manuel de Rosas que dijo esa vez: "Antes de ser federales éramos cristianos; y es preciso que no olvidemos nuestros antiguos compromisos para con Dios" (Gálvez, pág. 134). Sugiero a los Nacionalismos Tipo Folklore que estudien un poco de gregoriano... Me quedo yo sin el Nombre de Nacionalista. No importa. Lo que interesa en el hijo es el Apellido. Y yo no tengo pasta para ser hijo de Naides desde que se nos dijo: "Hijitos, que nadie os engañe".

GODOFREDO DE CACHEUTA



IES Y PUNTOS

NACIONALISMO ANTIARGENTINO

Nuestro colaborador Hernando Suárez Sanabria, silencioso desde el año pasado en que publicó "Meta Fierro", comenzará en esta sección a tratar temas nacionalistas en los que se haya omitido poner los puntos sobre las ies.

El paso de la teoría nacionalista a la práctica (puesto que al fin y al cabo de algún modo, aunque imperfecto o incompleto, se aplica hoy) ha demostrado no tanto errores de aquélla cuanto su errónea interpretación.

No es discutible que lo argentino debe primar sobre lo extranjero, porque las sociedades se defienden comenzando la caridad por casa. Mas por la enceguecida aplicación de ese principio resulta que cualquier producto de la chapucería nacional se sustituye obligatoriamente, con mengua del estímulo, a la buena calidad foránea, y que el libro de viaje, pongamos por caso, del ex-diputado Sanmartino se nos hará en el futuro más asequible que el *"Sentimental Journey"* de Laurence Sterne.

Ya era sorprendente y contradictorio que donde se rinde culto oficial al inmigrante se exigiera el nacimiento "argentino" para determinados empleos que los gringos puedan desempeñar perfectamente, incluso cátedras, como si el nacimiento ocasional fuese una garantía (¿de qué?) pero el nuevo almojarifazgo hasta del 50 % *ad valorem* sobre libros "extranjeros" plantea con alguna mayor urgencia el asunto de lo que ha de entenderse por argentino, o si se prefiere nacional o patriótico. Parece que ni el gobierno, ni los nacionalistas, ni la república, tienen sobre esa cuestión fundamental un criterio adecuado a la realidad circundante.

La teoría contenida en varias leyes, decretos, escritos y discursos, supone *argentino* todo lo que aquí se produce y elabora, desde un nenito hasta una novela. Es el *jus soli* frío y absoluto; necesario, se afirma, para incorporar al inmigrante. Pero si aceptamos la argentinidad por generación espontánea no debemos seguir empleando el mismo lenguaje de tipo nacionalista europeo para designar cosas esencialmente distintas. Cuando la legislación inglesa, o española, o alemana, dicta medidas proteccionistas de lo propio ya sabemos lo que eso significa: que Mister Smith, o el señor Pérez, o Herr Müller serán protegidos por un estado integrado por otros muchos Mister Smiths, o señores Pérez o Herren Müller; algo así como el apoyo de la familia. Porque el verdadero nacionalismo se basa en una tradición acrisolada por los siglos dentro de fronteras constituídas con sangre y sacrificios.

A este propósito decía Paul Groussac ("Del Plata al Niágara", capítulo sobre Méjico):

"Esta tibieza del sentimiento histórico es general entre los pueblos americanos; fuera de algunos fetiches patrióticos vinculados a su gloriosa independencia no se preocupan mayormente de sus orígenes seculares. Una sola causa basta a dar cuenta de la indiferencia popular: son éstas nacionalidades de transporte y aluvión. Nosotros, nobles o plebeyos, tenemos mil años de radicación a la gleba nacional. Mi nombre me dice que soy un galo antiguo. Siento que mis abuelos, aunque sólo fuesen vasallos de leva y humildes pecheros, pelearon con los albigenses, arrancaron su provincia de las garras inglesas en las milicias comunales de la Guyena, lloraron de alegría y dolor por las hazañas y la muerte de la "Buena Doncella", lucharon desde Bouvines hasta Waterloo por la integridad del suelo sagrado; figurantes anónimos pero testigos y actores, acaso, de esa incomparable epopeya de diez siglos. *Gesta Dei per francos*. Grano a grano sus cenizas obscuras cayeron y se juntaron en el mismo lugar para formar ese terruño venerable, ese pedazo de patria milenaria en que he brotado... Por el lado paterno mis vástagos vienen a ser injertos americanos. Serán, lo espero, buenos hijos de su país, pero no pueden ser argentinos como soy francés; con plena aceptación hereditaria de los gustos y aptitudes, con todas las células sensitivas y pensantes de la dualidad cerebral, con toda el alma y el corazón de veinte generaciones encadenadas".

Ha visto bien Groussac, mas por no haber leído PRESENCIA (Nº 24, "La Gente Decente") y por no conocer genealogías criollas no supo adjudicar a muchísimos argentinos la misma condición patricia que tan simpática y emocionadamente exalta. Ignoraba, al parecer, que aquí también hay linajes con diez o doce generaciones arraigadas en el suelo que importan cuatro siglos de cultura homogénea transmitida en este mismo *habitat* rioplatense, y con una ascendencia principalmente hispánica desde tiempo tan inmemorial como el que con justicia se atribuye ese francés *"du Midi"*. Son los auténticos argentinos, descendientes de los fundadores del país y de los próceres revolucionarios que, para bien o para mal, dieron a la Argentina su presente fisonomía. Ellos, y solamente ellos, dan la pauta de la argentinidad y a su imagen y semejanza se modelarán los recién venidos si quieren asimilarse, porque el *melting pot* requiere un molde para verter la amalgama.

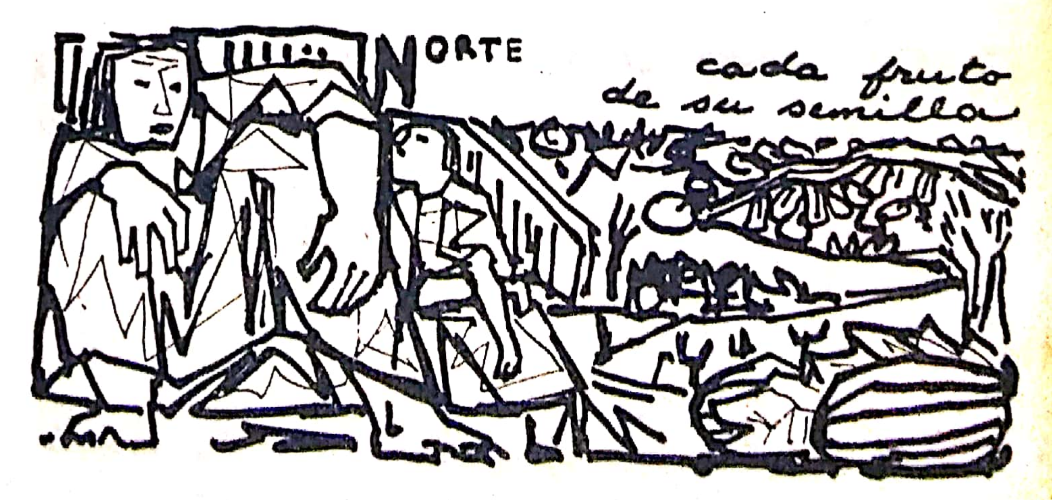
Dentro del mundo español a que pertenece la verdadera Argentina quizás la característica vernácula la dé esa curiosidad siempre despierta, notoria, sobre todo, en el porteño; y la inclinación a absorber enseñanzas y novedades ultramarinas, debido a la salvadora creencia en la ejemplaridad europea. De esa actitud intelectualmente vivaz nacen los bienes y los males del país; tanto nuestra primacía hispano-americana como el cipayismo, suerte de lamentable caricatura del noble anhelo de seguir las líneas culturales de la Europa.

Pero el cipayo es el opa de la familia; enfrente están todos los demás criollos argentinos que tienen exacta conciencia histórica y justificado orgullo de estirpe. Y no hay patriotismo en serio cuando se denigran las clases patricias o se cierra el club salteño "Veinte de Febrero", mientras a nadie se le ocurre hacer lo propio con el club "Honor y Patria" (que no sé si existe) o con el club "Descendientes de vecinas de la esquina de Junín y Lavalle", que debiera existir.

La premisa fundamental de donde ha de derivarse cualquier raciocinio y legislación nacionalista es admitir francamente la legitimidad y la realidad de un modelo argentino cierto y verificable, para que no ocurra lo que podría ocurrir en la siguiente hipótesis plausible, apropiada para este año.

Del ghetto de Nijni Novgorod (hoy Gorki) sale un día Moisés Rusosky, acompañado de su esposa Sara. Por el puerto de Odessa llega al de Buenos Aires, y ganándose la vida tal vez en menesteres *non sanctos* mantiene su familia y le nace el joven Salomonito; argentino nativo, claro está; heredero de nuestros gigantes padres y apto para elegir y ser elegido presidente de la república.

Por el mismo tiempo bautizan en Cervatos de la Cueza, provincia de Palencia, al chiquillo José, hijo de un labrador con incontables antepasados en el lugar y de apellido San Martín, que se ha dado en el pueblo.



La familia, ya formada, viene a la Argentina; pongamos que el niño tenga cuatro o cinco años y que radicados en el homónimo pueblo correntino y criándose en el campo, domador, trenzador y resero, el joven José San Martín aprenda el guaraní mejor que el Dr. Quijano. Pero será siempre extranjero y aún con carta de ciudadanía no podrá presentar su candidatura presidencial el año de 1988 como posiblemente lo hará, para ese entonces con muchas probabilidades de éxito, el criollísimo Salomón Rusosky, oriundo del ghetto de Nijni Novgorod.

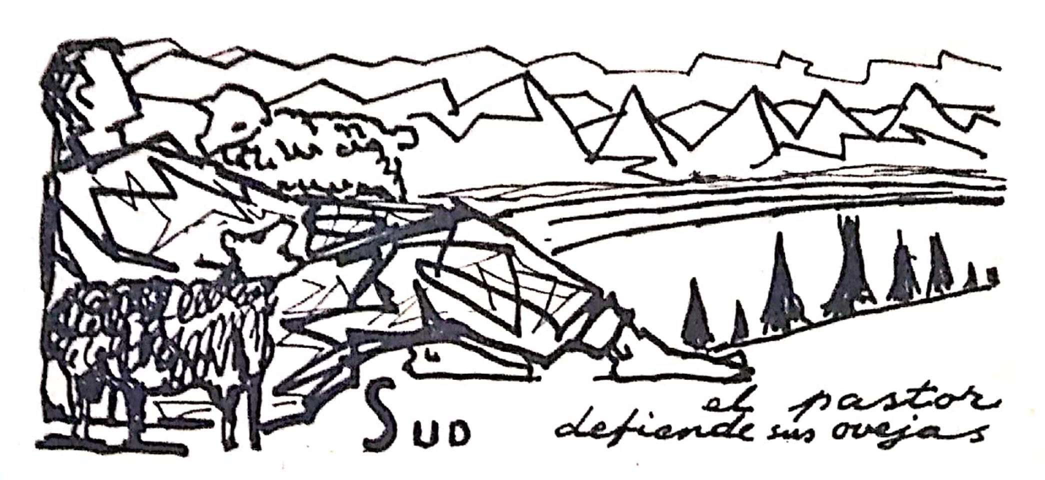
Y no digamos lo que pasaría si los supuestos San Martín se quedasen en el reino de León y uno de ellos publicara un libro lleno de esencias católicas y castellanas viejas. ¡Zás! 50 % *ad valorem*. Pero si Salomón Rusosky, con difícil sintaxis, edita en Buenos Aires su tratado "Necesidad de exterminación de estancieros con la última legislación comparada soviética" y por apéndice "Las ventajas del proxenetismo", a lo mejor le dan el Premio Nacional.

Eso podría suceder y tal posibilidad demuestra que hay algo que no funciona bien en el *jus soli* o en el patriotismo macaneadamente considerado. Ya lo dijo el gallego: "No porque una jata para jatitus en un horno estus serán bizcochus". ¿Se teme admitir esta verdad elemental acaso porque clasificaría en dos los argentinos: unos verdaderos y otros por aproximación?

Quizás, y no se me escapan las buenas razones políticas en pro de un emparejamiento que no por útil deja de ser arbitrario. Pero entonces desechemos el vocabulario y la legislación nacionalista a la europea y adoptemos otro criterio según el cual Naum Trampolsky resulte tan criollo como el general Güemes y el Estado Israelí intercambiable con la vieja Argentina hispánica que todavía perdura entre nosotros, gracias a Dios.

Pues una de dos (*"¡O tempora o mores!"* como decía el nuevo profesor de latín): o lo argentino es una cosa concreta, circunscripta y definible —como lo atinente a cualquier otra nacionalidad— o es una cosa tan variable, flotante, miscelánea y heterogénea que equivale a lo internacional y aún a lo interplanetario.

HERNANDO SUÁREZ SANABRIA



EL COMUNISMO Y LA PAZ

Hace ya años la Iglesia ha denunciado en la Divini Redemptoris *la astucia verdaderamente diabólica del comunismo ateo que se vale de las más curiosas estratagemas para penetrar en todos los ambientes. Bajo el símbolo de la blanca paloma y en una campaña de recolección de firmas contra la bomba atómica el comunismo adormece hoy a los pueblos que le son hostiles mientras moviliza contra ellos el formidable poderío bélico de las inmensas masas humanas de los pueblos que le están sometidos.* (N. de la R.).

¿Quién no amaría la Paz? Pero... "si no amas la Justicia no tendrás Paz", observa con razón San Agustín, al interpretar aquel versículo del Salmo 84 en que se dice "la Justicia y la Paz se besaron".

El mundo contemporáneo anhela, por cierto, la Paz ¿Pero ama la Justicia?... Es indudable que tanto la Justicia como la Paz están en todos los labios. Nunca se ha hablado tanto de ellas, pero jamás el hombre ha cavado tan profundo el abismo de sus odios y ha olvidado tanto la distancia que va de lo justo a lo injusto.

La Paz es el esplendor de la Justicia o no es nada más que un orden forzado, despótico, bajo cuyo imperio languidece el derecho y se menoscaba la dignidad del hombre. Orden forzado, simulacro de Paz, simple "postguerra" (para usar un barbarismo en boga) que, al fin de cuentas, si alguna reserva vital queda a quienes lo padecen, degenera en auténtica "preguerra".

La Paz debe ser así trasunto de la Justicia, y en la medida en que ésta reine reinará ella también. A una Justicia endeble corresponde una Paz inestable. A una Justicia bien asentada, sólidamente fundada en la Verdad, en la Equidad y en la Misericordia, corresponde la Paz, pura y simple. Y como la única fuerza capaz de conjugar Verdad y Misericordia en la Justicia es la Caridad, sólo la Caridad hace posible la Paz.

El mundo ha conocido ¡y conoce! apariencias de Paz. Sin Caridad, sobre el endeble sustentáculo de una Justicia menguada por la falta de algunas de sus notas fundamentales, puede ofrecer un aspecto de relativo ordenamiento. Pero nada más.

En el mundo pagano, anterior a Cristo, cuando la Justicia fallaba por desconocimiento de la Misericordia, el orden era despiadado y cruel. Ni el fuerte sentimiento de equidad que caracterizaba a los romanos, ni la veracidad de que hacía gala su derecho, podían por sí solos suplir aquella falla. La paz romana tenía que ser custodiada por las legiones imperiales.

Los imperios heréticos y agnósticos de hoy han caído un peldaño más abajo. Sin Misericordia, como los paganos, han perdido hasta el sentimiento de Equidad que éstos cuidaran. Los procedimientos empleados en la última guerra y la conducta seguida después con los vencidos demuestran hasta qué punto ha llegado la crueldad del siglo XX. Pero ello es aún poca cosa cuando se piensa en la inaudita aberración de los procesos de los llamados criminales de guerra y de las horcas de Nuremberg, expresiones evidentes del triunfo de la Iniquidad... ¿Qué Paz podría imperar sobre tales bases sino la de los campos de concentración y... de los cementerios?

Parecería inconcebible una situación peor. Sin embargo es una terrible realidad. Lo que fuera hasta hace poco triste privilegio de algunas comarcas de la Tierra, aquello que se creía un flagelo sangriento pero fugaz, lo que a lo sumo era temido como una amenaza, es ya un voraz incendio que lleva devorada media Humanidad. Inmisericorde e inicuo, partícipe de todos los peores crímenes cometidos hasta ahora, el comunismo ha superado todo lo previsible al implantar el reinado absoluto de la Mentira.

Mentira su Justicia, Mentira su Paz, hermanadas ambas en la Mentira, ha logrado el comunismo forjar hasta una mística que es como la imagen invertida de la mística de la Verdad. Por eso hay también un ordenamiento comunista más armónico que el mero desorden liberal, hay una lógica que sirve de fundamento a su política, y hay varios millones de hombres fanatizados por su doctrina. Diríase que toda la pujanza del régimen está como asentada sobre la Mentira, pero no la simple mentira fácilmente cognocible de los hombres, sino la Mentira de aquél a quien con justa razón se le llama el Padre de la Mentira.

Y así el comunismo se erige en paladín de la Paz para promover la guerra, se erige en campeón de los derechos del hombre para imponer la esclavitud a todos los seres humanos, proclama a los cuatro vientos que lucha por las madres y los hijos, cuando su meta es destruir la familia, imponer la ley del orfelinato a las criaturas e implantar la prostitución universal de la mujer.

"Papas et mamans! La paix ne tient qu'a un fil. La bombe atomique d'estermination plane sur les berceaux... etc., etc." [1], decía un inmenso cartel de propaganda comunista aparecido hace pocos días frente a la basílica parisina de Saint Denis. Paralelamente en Buenos Aires numerosos muchachitos eran sorprendidos repartiendo volantes con llamados semejantes, y



por todas partes del mundo, como obedeciendo a una consigna, sucedía otro tanto y se invitaba a subscribir el "llamado de la Paz" redactado en Estocolmo.

Frente a impostura de este género, no cabe otra actitud que su rechazo. Desgraciadamente, sin embargo, muchos han caído en el lazo, sobre todo en países como Francia, donde se ha usado y abusado de frentes comunes y uniones fraternales entre lobos y corderos. Pero la Iglesia sabe percibir los vestigios de la mentira, y así, mientras los dirigentes comunistas franceses, con Federico Joliot Curie a la cabeza, ocultando siempre su color político, llevaban adelante la campaña de "los partidarios de la Paz", movilizaban sus federaciones democráticas de mujeres y de estudiantes, atraían a los alcaldes de campaña y hasta a los equipos de deportistas, los Cardenales y Arzobispos, en carta colectiva del 14 de junio último, señalaron la trampa e indicaron a los fieles el camino a seguir.

Entre nosotros ese falso pacifismo prende hasta por inercia... El afán de lucro, la atonía espiritual y el fuerte egoísmo que corroen el alma argentina, hacen de ella fácil presa de tales propagandas, y, lo que es peor, la predisponen a suministrarle pretextos de toda laya. Porque, conviene no olvidarlo, así como en los países castigados por la guerra recurre al natural cansancio de los pueblos, en otros explota los (a veces justificados) resentimientos acumulados contra las prepotentes naciones hegemónicas.

Y, precisamente, cuando la perspectiva de la guerra con el comunismo se cierne sobre la Humanidad como la última etapa de la lucha emprendida por él mismo contra la ya menguada civilización cristiana, procura sumir en una especie de modorra pacifista a los pueblos que ansía sojuzgar.

La Paz no ha de ser resultado del cansancio, ni puede ser fruto de la cobardía ni de la anemia espiritual. La Paz es una añadidura que Dios no niega a los pueblos viriles que aman y practican la Justicia, consigo mismos y con los demás. Para decirlo de una vez, la Paz es don celestial que se concede a los hombres de buena voluntad y a las naciones que no niegan a Dios la gloria de su culto y de su Justicia, porque están bien asentados en la Caridad.

"Gloria a Dios en las Alturas, y en la Tierra Paz a los hombres de buena voluntad". El mensaje anunciador de la Redención es como la versión angélica del doble precepto de Cristo sobre la Caridad: Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo. Porque a Dios se le glorifica por el Amor, y por el Amor se apacigua la voluntad del hombre. Y así la Paz tiene un fundamento y un contenido típicamente cristianos, puesto que en definitiva ella desciende de las Alturas a la Tierra como un eco de la alabanza que de la Tierra sube a las Alturas.

Y no hay otra Paz posible.

BOANERGES

1 ¡Papás y mamás! La paz pende de un hilo. La bomba atómica se cierne exterminadora sobre las cunas.

CORRESPONDENCIA

Un joven becario argentino en los Estados Unidos ha enviado a un amigo suyo y de PRESENCIA *una carta, en la que hace consideraciones sobre la posición que corresponde adoptar frente al conflicto internacional. Por juzgarlos de interés reproducimos los párrafos pertinentes.* (N. de la R.).

Sobre la situación internacional mis impresiones son pesimistas y desalentadoras. Desde hace tiempo, aún antes de lo de Corea, disentía con otros colegas de esta Universidad que creían en la posibilidad de una paz duradera. Tú sabes bien que el conflicto que existe planteado en el mundo tiene raíces muy hondas y yo creo que la definición será por la fuerza de las armas. Cuándo ella llegará no lo sé, pero desgraciadamente creo que la hora está cerca. Gobierno y pueblo norteamericano, en mi opinión, piensan de igual manera. Ya se han levantado voces reclamando una guerra preventiva. La economía estadounidense se está convirtiendo a pasos agigantados a la producción de guerra. El llamado a las filas se está haciendo también en forma progresiva. Y mientras tanto en Corea están cayendo a miles los jóvenes de este país. ¿Podrías pensar, en consecuencia, de otra manera?

De todo esto también surge algo que tú me mencionas en tu carta: la inutilidad de haber destruído a Europa dejándola a merced del comunismo. Que este gravísimo error político; que esta afrenta a nuestra civilización cristiana; que esta torpeza incalificable de un enceguecido grupo de gobernantes de este país ha sido ya advertida y que se procura rectificar en la medida de lo posible te lo demostrarían los esfuerzos que se están haciendo para rearmar a Alemania, celebrar un Tratado de paz y devolverle la plena soberanía a ese pueblo. Tengo ante mi vista una revista norteamericana de gran difusión que contiene un reportaje al General alemán Guderian, comandante de las fuerzas de tanques alemanes en el frente ruso, que sugiere claramente cuántas esperanzas tienen puestas los militares y políticos norteamericanos en la acción decisiva de Alemania en esta lucha con Oriente.

Y a todo esto te preguntarás qué pienso yo de cuál debería ser nuestra posición y cuál la de nuestro país en la emergencia. Yo creo que la sustancia del dilema en que se debate el mundo moderno no admite otra posición que la de estar con Occidente que es estar con Cristo. Desgraciados e irresponsables aquellos que por un ofuscamiento mental todavía pretenden que este dilema admite neutrales. Cínicos o cobardes aquellos que sabiéndolo así, no obstante quieren, a la manera del avestruz de nuestro campo, ocultar sus cabezas en la arena de sus propias debilidades.

Tú sabes muy bien que nuestra generación sintió más que nadie la necesidad de luchar por un orden nacional, en lo político y en lo económico, que rompiese los marcos del colonialismo y nos perfilara en la gran potencia de América. Si para ello tuvimos que luchar contra el imperialismo yanqui, si tuvimos que combatir el entreguismo nefasto de nuestra clase dirigente, si tuvimos que convertirnos en los expositores de una auténtica neutralidad frente a un conflicto que —como lo ha probado la historia— fué inútil y desastroso para nuestra cultura occidental, es fuerza reconocer que hoy la situación ha variado sustancialmente.

Puede ser que los Estados Unidos no reflejen exactamente nuestro pensamiento cultural, político, económico y social. Que el americano no es el pueblo católico de la tradición centenaria y del respeto por la moral cristiana, de acuerdo. Que la plutocracia que dirige, directa o indirectamente, los negocios políticos y económicos del país nada tiene que ver con nuestras ideas sobre lo que debe entenderse por mundo ordenado en los valores de la civilización occidental, también de acuerdo. Pero que en este pueblo también existen, corriendo parejo y ganando progresiva y velozmente posiciones, fuertes corrientes espirituales y grandes y poderosos sectores de opinión que responden en líneas generales a nuestros planteos y que combaten con la misma fiereza que nosotros tales expresiones de la vida americana es asimismo certísimo.

Por ejemplo, fácilmente una quinta parte de la población de este país es católica. Pero no católica de barniz como el ochenta o noventa por cierto de nuestro pueblos "católicos", sino auténticamente católica. Invitaría a algunos escépticos a observar la piedad y la devoción de que hacen gala los fieles americanos; el celo y la formación de su clero; sus obras de educación (que tanta inquina despierta en sus enemigos) sus escuelas y universidades, sus periódicos, la firmeza indeclinable con que los laicos hacen frente al estigma que pretenden imponerles —también los nacionalistas capitalistas— de servir credo e instrucciones foráneas; la influencia decisiva que mantienen en muchos gremios obreros; el reconocimiento y la ascendencia que la Iglesia Católica tiene en círculos parlamentarios, gubernativos, etc., para que cualquier panorama apriorístico —el mismo que suponía cuando llegué a este país— se modifique sustancialmente.

Aquí, como en nuestra patria, existe legión de americanos que luchan y trabajan por un orden más justo y más cristiano en lo político y en lo social; millones que desprecian y combaten las formas crudas del imperialismo; millones que están convencidos del trágico error de destruir a Europa para servírsela en bandeja a los piratas comunistas.

Nada más equivocado que generalizar las múltiples estructuras que definen la vida espiritual, política y social del pueblo americano en la figura de Teodoro Roosevelt o su pariente Franklin o Mr. Braden. Para muchos americanos son tan despreciables en su significación imperialista como para nosotros.

Pero si esto no bastase habría que pensar en lo que significa el comunismo para acallar las voces de estos neutralistas inconscientes. El día en que un Comisario de la Siberia nos dirija desde la Casa Rosada y se haya satisfecho al amigo Kharnotha con el corte de nuestras tiernas cabezas —la tuya según últimas referencias caracterizada por una abundante cuan visible ausencia de pelo— cuando tengamos que volver a las catacumbas, si es que podemos, y veamos destruídos todos los valores de nuestra cultura, de nuestra religión, la familia, la patria, en fin todo aquello por lo cual vale la pena vivir, les preguntaremos a estos "neutralistas", si no es que también a ellos les está creciendo pasto encima, qué vivos y qué patriotas fuimos.



Idealismo: Nos detendremos menos en él, porque se emparenta, hasta casi identificarse, con el inmanentismo. Consiste, en efecto, el idealismo, en aquella posición gnoseológica para la que en el conocimiento, es el sujeto el que determina o proyecta, total o parcialmente, al ser conocido, y no a la inversa. Puede ser puramente *metódico*, como en Descartes, si parte de la duda y del pensamiento separado de la realidad, pero no niega la existencia de esa realidad extramental, sino que por el contrario, trata de *probarla* a partir del pensamiento. Esta forma parcial de idealismo se identifica con el *realismo mediato*, es decir, con aquél que cree que la existencia de la realidad independiente del humano conocer no es inmetamente evidente, sino que debe ser probada a partir de lo único inmediatamente dado: el pensar. Puede ser un idealismo *crítico* o *formal*, si, como ocurre en Kant, no niega la existencia, pero sí la cognoscibilidad de la "cosa en sí" y admite que el sujeto recibe pasivamente impresiones sensibles originadas en esa ignota "cosa en sí", pero la ordena y organiza espontáneamente, por su pura autonomía pensante, según ciertas formas o categorías mentales no originadas en la realidad. Es un idealismo, no sólo *formal*, sino también *material*, o *metafísico*, cuando no sólo la forma de ordenación de los contenidos mentales, sino también estos, son concebidos como emanando del sujeto cognoscente, transformado así en espíritu divino (Fichte, Hegel). Siendo diferentes, las tres formas mencionadas de idealismo no están separadas, sino que constituyen, más bien, otras tantas etapas en el camino hacia la inmanencia total. En efecto: el idealismo *metódico* no niega, sino al contrario, la existencia de una realidad trascendente al pensamiento; pero cree que sólo éste es inmediatamente evidente, por lo que tratará de *probar* la existencia de la realidad a partir de un pensar que no desemboca inmediatamente de ella. Pero como a partir del pensar encerrado en sí mismo no es posible salir, legítimamente, del pensar, este idealismo, cuando es consecuente, se transforma en idealismo *crítico*: proclama la incognoscibilidad —aunque todavía no la inexistencia — de aquella realidad trascendente. Mas no es posible detenerse allí, porque, para afirmar (acto de conocimiento) la existencia de una realidad trascendente, es menester conocerla; mas, si no se la conoce, no se la puede afirmar, ni jamás puede haberse sabido nada de ella, ni sentido tiene hablar de ella (sería querer pensar más allá del pensar). Luego, es eliminado: y así se está en la inmanencia total propia del idealismo *metafísico*.

Por lo dicho se verá qué estrecho es el parentesco entre idealismo e inmanentismo, a punto de que pueden ser tomados por sinónimos. Si alguna diferencia quiérese encontrar, se nos ocurre que podrá ser sólo ésta: todo idealismo es inmanentismo, pero no todo inmanentismo es idealismo, en cuanto existe un inmanentismo empirista, que niega toda actividad constructiva "a priori" al espíritu cognoscente, mientras que esta constructividad es característica del idealismo. Pero entonces tómase la palabra "idealismo", en un sentido en algo restringido, porque, en otras ocasiones, háblase también de un idealismo empirista, como es el de Berkeley en lo que se refiere al mundo externo, y el de muchos empiristas subjetivistas del siglo XIX.

Los tres idealismos más importantes de nuestra época son: el *neokantiano*, surgido en el último tercio del siglo XIX en Alemania, y que formó dos escuelas: una, logicista, llamada de Marburgo (Cohen, Natorp, Stammler, etc.), y otra eticista, de Baden (Windelband Rickert, etc.). Tuvo representantes en todos los países; así, en Francia, por ejemplo, a Brunschvicg; el *neohegeliano*, en cuya línea están los italianos Croce y Gentile, y el *fenomenológico*, con Husserl y sus muchos continuadores. El propio existencialismo, que a menudo se proclama antiidealista, está sin embargo condicionado por aquel sistema: si el existencialista es irracionalista, y de manera irracional quiere captar la *realidad*, es porque cree que la inteligencia no alcanza sino conceptos irreales, y que toda inteligibilidad es *sólo proyección* del hombre sobre las cosas que, en sí, son mera existencia en bruto, sin sentido. Por eso distingue entre *ser* y *realidad*, concibiendo al primero como mera proyección o interpretación humana que apenas se posa, sin penetrar, en la impenetrable *corteza* de la segunda. De ahí que constituya una reedición —si bien es ve— del inmanen-

SISTEMAS FILOSOFICOS CONDENADOS

Continuamos publicando la siguiente colaboración en la que se exponen brevemente los sistemas filosóficos condenados en la reciente encíclica "Humani Generis".

tismo gnoseológico y del idealismo crítico, con la diferencia de que, en vez de quedarse, como en Kant, con el mundo de conceptos irreales y sus relaciones, quiere penetrar de algún modo en el *noúmeno* irracional. Mas, así como la historia demostró y la lógica demuestra que es imposible la admisión de una realidad ininteligible, y que el semiinmanentismo criticista debe dar paso al total del idealismo absoluto, así el existencialismo, o deberá recaer en total idealismo —volviendo a aquello frente a lo cual pretendía ser reacción— o deberá profesar la total absurdidad de todo, desembocando en un biologismo animal y materialista sin sentido alguno.

Materialismo histórico y dialéctico: Es materialista todo sistema que haga de la "materia", en el sentido que en seguida indicaremos, la realidad única, o, por lo menos, la sustancia frente a la cual todo lo demás es mera supraestructura, efecto, accidente o epifenómeno [4].

La concepción que de la materia tiene el materialismo está más cerca del concepto vulgar de la misma, que del de "materia prima" del aristotelismo. Para el vulgo, en efecto, es "materia" todo aquello que se extiende en tres direcciones y está dotado de ciertas cualidades, como resistencia, etc. En cambio, el aristotelismo llegaba al concepto de "materia prima" gracias a un análisis intelectual del hecho del *cambio*. Las realidades de este mundo están en continua transformación; y éstas afectan no sólo a los accidentes de aquellas realidades —cambios cualitativos, cuantitativos y locales—, sino también a sus sustancias: así, cuando, por ejemplo, un ser viviente deja de serlo por muerte, o cuando, a la inversa, un alimento es asimilado por un ser vivo y se incorpora a su sustancia, o cuando un cuerpo se transforma en otro de propiedades irreductibles a las del anterior. Ahora bien; en todo cambio debe haber un sujeto o sustrato del cambio, so pena de que entre el estado A y el estado B de esa realidad en transformación no haya *nada* de común, y de que, por lo tanto, el cambio deje de existir para ser sustituido por la aniquilación pura y simple de una realidad, seguida de la creación total, "ex-nihilo", de otra sin vinculación alguna con aquélla. Mas, si el cambio es *sustancial*, ese sustrato o sujeto del cambio no puede tener una determinación sustancial —ni menos, accidental— propia: por ello puede recibir toda clase de determinaciones sustanciales distintas. De allí que sea indeterminación pura, *pura potencia en el orden sustancial*. Eso es la "materia prima" aristotélica: "*nec quid, nec quale, nec quantum*", algo sin esencia, ni cualidad ni cantidad propias; la materia primera no es imaginable —pues sólo puede imaginarse lo corpóreo determinado, y la materia prima no lo es—, sino sólo inteligible, y ello, únicamente por relación a las formas o determinaciones que puede adquirir ya que no es nada existente *separadamente* de alguna determinación. El principio especificante o determinante de esa pura potencia pasiva en el orden sustancial es la "forma sustancial", principio de actualidad, determinación, y, por lo tanto, inteligibilidad en la cosa. Lo *corpóreo* no es la materia prima sola ni la forma substancial sola, sino el resultado de la unión sustancial de ambas. El concepto vulgar —y también en cierto modo el científico positivo— y, sobre todo, el materialista, de "materia", la confunde, en cambio, con lo corpóreo. Esto tiene larga historia. Prescindiendo de los materialismos precristianos, se origina en la negación de las formas sustanciales y en el adjudicar a la materia prima actualidad y determinación propias —lo cual hacía, precisamente, innecesarias e ininteligibles a aquéllas y a su unión con esta— ocurrida por obra del nominalismo, de la escolástica decadente, del fisicismo imaginativo del Renacimiento, y sobre todo, de Descartes, gran enemigo de las formas sustanciales, que reduce la materia a extensión geométrica, y del empirismo inglés, que comienza por reducir las "formas", en Bacon, a esquemas mecánicos de partículas material-actuales, y termina por eliminarlas. Desde entonces sólo estas alternativas parecen posibles a la filosofía (ya que se ha negado lo que en lo corpóreo lo emparenta con el espíritu y lo hace inteligible: las formas): o reducir todo a materia, pero dejar inexplicado el hecho del *conocimiento*; o hacer de la "materia" mera proyección del espíritu (idealismo), o resignarse a un dualismo materia pura-espíritu puro, a la cartesiana, sin esperanzas de comunicación ya que deja inexplicadas varias cosas gravísimas: el conocimiento, por el intelecto inmaterial del mundo corpóreo; el movimiento sensible, que no es un mero proceso mecánico ni tampoco algo puramente espiritual; la unión de lo psíquico y de lo físico en el ser vivo y sobre todo en el hombre; el orden e inteligibilidad del mundo sensible, y la unidad del universo y del reino del ser.

El Pontífice alude especialmente a dos formas de materialismo: el *histórico* y el *dialéctico*. Por *materialismo histórico* se entiende en la Encíclica, probablemente, aquella concepción de la historia que sólo admite causas materiales —económicas, biológicas, geográficas— de los acontecimientos humanos que la componen. Es una consecuencia necesaria del materialismo filosófico: si sólo existe la materia, o si sólo ella es verdadera realidad substante, sólo pueden influir, en la acción humana, elementos materiales: apetitos sensibles, constitución corpórea, medio material, etc. El *materialismo dialéctico* es el célebre de Marx y Engels. Todo materialismo dialéctico es materialismo histórico; pero la inversa no es necesaria. El materialismo dialéctico fué creado sobre la base de la filosofía de Hegel. Hegel, como vimos, era idealista absoluto. Para él, la realidad profunda era la Idea. A ello había llegado al negar la "cosa en sí" kantiana, y al dejar, entonces, al "espíritu" como creador de la realidad. Kant sostenía que, cuando el entendimiento quería sobrepasar la esfera de las impresiones sensibles caía en insolubles antinomias o contradicciones: así, en el problema del constitutivo último de los seres extensos, en el de la libertad, en el de la creación, en el de Dios, etc. Hegel, haciendo de necesidad virtud hizo de la antinomia el proceso mismo de la razón, y, por ende, de la realidad. La realidad-idea se desarrollaba antinómicamente en forma de tesis, antítesis y síntesis, la que a su vez era tesis para una nueva antítesis y para una nueva síntesis, etc. Por ejemplo, la Idea primero era *en sí*, (tesis) y ello daba lugar a la lógica; luego se proyectaba *fuera de sí* (antítesis), y ello constituía la naturaleza; luego *volvía sobre sí* (síntesis), y, adquiriendo conciencia, llegaba a ser espíritu. Marx, hegeliano, bajo la influencia del materialista Feuerbach, de los males e injusticias sociales de su época, y de las ideas jacobinas y revolucionarias dejadas por la Revolución Francesa, quiere sustituir una dialéctica real (para él, igual a material) a esa dialéctica idealista que le parecía, y no sin razón, ficción burguesa. Y, entonces, conserva el movimiento antinómico de la realidad, pero sustituye a los momentos y determinaciones ideales, fuerzas materiales —y, en lo que hace a la historia humana, económicas— en lucha y oposición. Así la historia se explica por la lucha de clases. Todo lo demás es adjetivo, mera "superestructura". El mundo se halla en marcha hacia la síntesis suprema: la sociedad sin clases y sin Estado, con respecto a la cual la dictadura y estatismo "proletario" pretende ser sólo un medio pasajero. Entonces, eliminada la "alienación" del hombre a otros hombres en el trabajo, y con respecto a la naturaleza, gracias a su dominio por la técnica, desaparecerá esa gran "alienación" que constituye la creencia en Dios y su culto, puesto que Dios es sólo la proyección, por el hombre, de lo mejor de sí en un ente irreal, y resulta reflejo de las alienaciones económicas y naturales.

Existencialismo: Con esto entramos en un terreno tan de moda como huidizo. Porque es todo un problema llegar a una definición del existencialismo [5]. A veces se contrapone la filosofía *existencial* (Heidegger-Sartre), que pretende llegar, a través de un análisis fenomenológico de la existencia humana singular, sin embargo, a una ontología general, a una teoría general del ser, a la filosofía *existentiva* (Jaspers), que se queda en una descripción concreta de la existencia humana individual; otras veces se distingue entre un existencialismo *ateo* (Sartre, el primer Heidegger), otro *cristiano* (ya protestante, ya católico, con Marcel) y uno tercero intermedio, entre teísta y agnóstico (Jaspers); en ocasiones el existencialismo se ensancha hasta incluir a Sócrates, San Agustín y ¡hasta Santo Tomás!; otras, se estrecha, como cuando Heidegger rechaza ese apelativo para su filosofía y Marcel lamenta que se diga de la suya que es un *existencialismo* cristiano. Quizá nos ayude la consideración de los orígenes histórico-filosóficos de la filosofía existencial. Producida a fines de la Edad Media y comienzos de la Moderna la escisión entre inteligencia y realidad, como efecto del rechazo de la solución realista-moderada del problema de los universales, que condujo a la negación de que el *ser* fuera el objeto del intelecto, sólo dos caminos quedaron para la filosofía: o quedarse con la inteligencia y sus conceptos separados del ser, ya para afirmar que el ser les correspondía extrínsecamente, punto por punto (racionalismo del siglo XVI), ya para confesar que la "cosa en sí" estaba fuera de su alcance, pero contentándose con un conocimiento fenoménico-conceptual (idealismo crítico), ya para negar que existiera ninguna realidad fuera de la inteligencia y sus conceptos (idealismo absoluto); o preferir la realidad concreta pero resignarse a no alcanzar de ella ningún conocimiento intelectivo, universal y necesario (diversas formas de empirismo, positivismo, etc.). Hegel representa la culminación de la primera tendencia, y, consecuentemente, la anulación de la existencia singular en favor de lo uni-

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Venezuela 649 T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz. San Juan 3875. Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.—
Número atrasado	"	2.—
Colección del año 1949	"	30.—
Colección encuadernada del año 1949	"	40.—
Suscripción anual	"	24.—

versal conceptual. Contra el racionalismo violentamente Kierkegaard en defensa del existente concreto e individual con su angustia, su problema religioso, su necesidad de arriesgarlo todo en la elección contingente y libre de su destino. Pero como para él, la razón es la razón hegeliana, abomina de ella y proclama la paradoja y el absurdo. El existencialismo conservará de Kierkegaard esas características: irracionalismo y buscar en lo singular, en su singularidad misma. También como para aquél, ese singular será ante todo el hombre mismo, como ser de conducta, en su devenir libre y contingente, azaroso y angustiado. Se diferencia así de otras formas empiristas, en cuanto éstas investigan preferentemente los seres singulares de la naturaleza objetiva, o al hombre mismo como uno de ellos. Además, tiene por característica el existencialismo la utilización del método fenomenológico, creado por Husserl, y que se limita a la "descripción" de lo inmediatamente dado a la conciencia, vedándose la utilización de la inferencia racional y, por ende, el alcance de lo que trasciende a aquellos datos inmediatos (por igual prejuicio irracionalista).

Luego de todo lo dicho, estamos en condiciones de adoptar la definición —si definición es posible de tan huidiza y multiforme realidad— del existencialismo: "*conjunto de doctrinas según las cuales la filosofía tiene por objeto el análisis y la descripción de la existencia concreta, considerada como el acto de una libertad que se constituye al afirmarse y no tiene otro origen u otro fundamento que esta afirmación de sí misma*"[6]. Se entenderá mejor la última parte de la definición si se tiene en cuenta que el irracionalismo existencialista y el método fenomenológico excluyen toda inferencia propiamente dicha, como ya dijimos, más allá de lo dado y que resabios idealistas hacen creer que eso dado es ante todo la conciencia. Por lo tanto, el existencialista sólo descubre en el algo accidental-subjetivo: sus actos conscientes por los que, en devenir, se proyecta hacia el futuro. Y como le está vedado buscar substancias, causas, fines o razones de ser —pues no confía en la inteligencia, única que aprehende la substancia y que, por raciocinio metafísico, puede demostrar la necesidad de causas, fines y razones de ser para el acontecer contingente— tiene que ver en ese devenir contingente revelado en su interioridad, algo que nace de la nada y se proyecta hacia la nada, como un relámpago que rasgara por un momento la oscuridad para volver, a poco, a caer en ella, sin origen ni fin. Por eso dice Heidegger[7] "ex nihilo, omne ens, qua ens, fit": de la nada se hace todo ente, en cuanto ente. Y afirma que para el griego, de la nada, nada venía; para el cristiano, de la nada venía el ser creado, pero por la acción del Sumo Ser, Dios; para el existencialista todo ser, simplemente, de la nada, pero deja abierta una puerta al terminar su obra preguntando: "¿por qué existe algo más bien que nada?"[8]. El existencialista ve el acto libre proyectándose, pero no la realidad ontológica del fin a que tiende y sin el cual carece de sentido, ni la de la naturaleza substancial humana de la que surge.

Verdad es que la definición anteriormente dada sólo muy en parte podría aplicarse al existencialismo de Marcel, porque éste, como el mismo Jolivet lo reconoce[9], "encuentra, por el contrario en la existencia una exigencia de trascendencia, un impulso hacia el Absoluto, y [...] hace incluso de esta exigencia y de este impulso la definición más segura de la existencia humana". Pero sería necesario saber hasta dónde, dadas las premisas del existencialismo, ese descubrimiento es *filosóficamente* legítimo y no es, por el contrario, hecho posible por la fe o por la contemplación sobrenatural de un autor tan sinceramente cristiano?

Lo dicho nos lleva a preguntarnos hasta dónde es legítimo hablar de un "existencialismo esencialista" y de un "existencialismo cristiano". En cuanto a lo primero, cabe notar que, si se admite que las esencias existen realmente, singularizadas en los entes individuales, y constituyendo sus naturalezas intrínsecas, tiene que admitirse que es posible un conocimiento abstractivo de dichas esencias, y, por lo tanto, que la inteligencia de lo universal tiene fundamento real. Entonces, es válida una investigación universal y necesaria de las condiciones absolutas ontológicas del ser, por la inteligencia; y, en ese caso, se está pura y llanamente en el tomismo, y la palabra "existencialismo" pierde toda especificidad y se hace equívoca. En cuanto al "existencialismo cristiano", salvo que sea al mismo tiempo un "existencialismo esencialista", cuya equivocidad hemos tratado de poner de manifiesto, tiene que encontrarse en la imposibilidad de demostrar racionalmente la existencia de Dios —lo que va en contra de solemnes definiciones de la Iglesia— y recurrir a una cuasi experiencia inmediata de El o de su relación ("religación") a El confundiendo el orden natural y el sobrenatural y acercándose al error ontologista, o caer en el agnosticismo y fideísmo! Ello no implica negar el valor y belleza de los análisis y descripciones de vivencias religiosas de Marcel y otros existencialistas cristianos: sólo significa reconocer que están fuera de la filosofía propiamente dicha.

JUAN F. SUÁREZ, O. P.

(Continuará)

---

[4] Sobre las múltiples formas de materialismo puede verse Külpe, O. "*Introducción a la Filosofía*", 2ª ed. española revisada, Poblet, Madrid Bs. Aires, 1939, pp. 192 ss.

[5] Cf. Jolivet, Régis, *Las doctrinas existencialistas desde Kierkegaard a J. P. Sartre*, trad castell., *Madrid*, 1950. Introducción.

[6] Op. cit. p. 24.

[7] "¿Was ist Metaphysik?", trad. italiana, Bocca, Milán, p. 100.

[8] Ibid., p. 104.

[9] Op. cit., p. 24.

DISCURSO DEL PAPA SOBRE EL ESTADO

El sábado 5 de agosto del corriente año, el Papa recibió en audiencia a los participantes del VIII Congreso Internacional de Ciencias Administrativas y con tal motivo, les dirigió en francés el discurso que transcribimos a continuación:

A vosotros, señores, nuestra más calurosa bienvenida. Estáis seguros del vivísimo interés que tenemos por vuestros trabajos, interés que puede medirse por el que la Iglesia siente por el Estado en general. A sus ojos, ninguna institución social, después de la familia, se impone tan fuerte y tan esencialmente como la del Estado. El tiene sus raíces en el orden de la creación y el mismo forma uno de los elementos constitutivos del derecho natural. Esto es lo que da a la cooperación en la constitución del Estado y en la organización de sus funciones una importancia de primer orden. Esta cooperación significa, ciertamente, una especial y amplia contribución al bien de la humanidad; más aún, contribuye eficazmente, si se hace como se debe y con recta intención, a promover el honor de Dios, creador y ordenador de esta humanidad.

Os felicitamos, pues, por los buenos frutos de vuestra profesión, que consiste en un llamamiento incesante a la conciencia para adaptar la vida del Estado a las condiciones siempre mudables de los tiempos, de tal manera que pueda realizar las intenciones y los planes de la sabiduría del Creador. ¡Cuánto, pues, ya desde ahora vuestro trabajo es necesario!

En todos los tiempos ha habido que deplorar, acá o allá, excesos en el poder del Estado; pero en el nuestro, estos casos de hipertrofia se suceden casi sin interrupción, con consecuencias que demasiado claras se ven. Nos, naturalmente, hablamos de los excesos, porque nadie pone en duda la necesidad para el Estado, en el desenredar las actuales condiciones, sobre todo sociales, del mundo, de ensanchar su campo de acción y de intensificar también su poder. Esto podría hacerse sin ningún peligro si el claro conocimiento y la justa apreciación de la importancia real del Estado y de su fin hubieran progresado con el mismo nivel. En ello hubiera hallado el Estado como un regulador, un control que le hubiera impedido la extensión de sus poderes en virtud de consideraciones bien diversas de las necesidades económicas y sociales de los dominios, especialmente culturales, que hubiera sido mejor dejar a la iniciativa de los ciudadanos.

En cambio, ¿qué es lo que ha pasado? Con demasiada frecuencia este conocimiento y esta apreciación se han hallado, por el contrario, en razón inversa del aumento de los poderes, y esto no solamente por parte de los que en el Estado ven solamente la fuente de sus utilidades o de los que sufren a causa de él, sino aun de parte de los que tienen la misión de dar al Estado su constitución y su forma. Esto, sin embargo, debería influir en la justa idea del Estado para poder inspirarse en ella. Es su deber primordial y, por decirlo así, es su razón de ser.

¿Cuál es, pues, la verdadera noción del Estado sino la de un organismo moral fundado en el orden moral del mundo? No es una omnipotencia para oprimir toda legítima autonomía. Su función, su magnífica función, es, más que favorecer, ayudar, promover la íntima coalición, la cooperación activa en el sentido de una unidad más alta de los miembros, que, respetando su subordinación al fin del Estado, cooperan de la mejor manera posible para el bien de la comunidad, precisamente en cuanto que conserva y desarrolla su carácter particular y natural.

El Estado no tiene que absorber al individuo ni a la familia; cada uno conserva y debe conservar su libertad de movimientos en la medida en que no quede en peligro el causar perjuicio al bien común. Además, hay ciertos derechos y libertades individuales, de cada individuo o familiares, que el Estado debe siempre proteger y que nunca puede violar o sacrificar a un pretendido bien común. Nos referimos, para citar solamente algún ejemplo, al derecho de honor y a la buena reputación; al derecho a la libertad de venerar al verdadero Dios, al derecho originario de los padres sobre sus hijos y su educación. El hecho de que algunas recientes constituciones hayan adoptado estas ideas es una promesa feliz que saludamos con alegría, como la aurora de una renovación en el respeto a los verdaderos derechos del hombre, tal como han sido queridos y establecidos por Dios.

La época presente asiste a una exuberante floración de planes y de unificaciones. Con gusto reconocemos que en sus justos límites pueden ser deseables y aun requeridos por las circunstancias, y todavía una vez más repetimos que lo que Nos rechazamos no es más que el exceso de un secuestro del Estado. Pero ¿quién no ve en estas condiciones el mal que resultaría del hecho de que la última palabra en los asuntos del Estado hubieran de decirla los puros técnicos en organización? No: la última palabra le toca a los que ven en el Estado una entidad viva, una emanación normal de la naturaleza humana, a los que administran en nombre del Estado, no inmediatamente al hombre, sino los asuntos del país, de tal manera que no venga a suceder jamás a los individuos que su vida privada o social se encuentre ahogada bajo el peso de la administración del Estado. La última palabra corresponde a aquellos para quienes el derecho natural es algo distinto de una regla puramente negativa, de una frontera cerrada para las usurpaciones de la legislación positiva, de un simple ajuste técnico a las circunstancias contingentes, porque reverencian en el alma de toda legislación positiva, alma que le da forma, sentido y vida. ¡Ojalá que esta última palabra, la palabra decisiva en la administración de los asuntos públicos, pueda ser el premio que toque a tales hombres! Más que la energía para el trabajo, lo que ellos necesitan es experiencia, fidelidad en mantener la noción exacta para promover el verdadero fin del Estado; iniciativa y perseverancia, objetividad y valeroso sentido de la responsabilidad.

Vosotros, ilustres representantes de vuestras respectivas naciones, habéis tratado en vuestro Congreso sobre todo de las cuestiones prácticas de la Administración. Nos hemos querido añadir algunas consideraciones de principio, y vosotros, estamos ciertos, procuraréis transportar estos principios a la vida y al funcionamiento de la pública Administración. De todo corazón, señores, confiamos, a vosotros mismos y a vuestra actividad profesional a la providencia y a la gracia del Todopoderoso, invocando sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre todos los que amáis su divina y paternal bendición.

SUMARIO